

Concepto de revelación en la constitución dogmática *Dei Verbum*

PROF. CLAUDIO LAVADOS MONTES*

RESUMEN

La Constitución Dogmática *Dei Verbum* desarrolla el concepto de revelación de una manera nueva y fresca para la Iglesia, que lo orienta más hacia lo comunicativo y participativo del creyente y su experiencia, que a una idea de dictado y manifestación misteriosa y lejana de Dios.

Palabras clave: Revelación, experiencia, fe y razón, autocomunicación, salvación.

ABSTRACT

The Dogmatic Constitution *Dei Verbum* develops the concept of revelation in a new and fresh manner for the Church, which guides the believer and his / her experience towards the communicative and participatory, instead of the dictated idea of God being mysterious and far.

Key words: Revelation, Experience, Faith and reason, self-communication, Salvation.

* Profesor permanente en la Universidad Católica Silva Henríquez. Licenciado en Teología y magister en Bioética.

Introducción

Este trabajo quiere ser una introducción al estudio del concepto de Revelación en la Constitución Dogmática *Dei Verbum* que, cada vez más, va tomando relevancia y el lugar que merece dentro del Concilio.

Se ha planteado que “todo el mensaje del Concilio Vaticano II se resume en la Constitución ‘De Divina Revelatione’. Igualmente se podría agregar que toda la sustancia de la ‘**Dei Verbum**’ se refleja en el capítulo primero del mismo documento” (Javierre, A., 1967: 175). Esto señala la importancia de nuestro texto, que permitió que ciertos pensamientos teológicos pudieran discutirse dentro de la Iglesia.

El cambio mayor que se da en esta constitución es la de pasar de los “modelos ‘epifánicos’ y ‘dictados’ del concepto Revelación hacia uno más bien ‘comunicativo’ y ‘participativo’” (Meis, A., 1990:5). Es decir hay un cambio fundamental en la concepción del término revelación. Por lo dicho anteriormente, quisiera hacer una lectura del documento a partir de la experiencia, pero no particular, sino más bien de una certeza radical, de un conocimiento inmediato, que se distingue de la génesis y de la redacción de la actual *Dei Verbum* (Rovira Belloso, J.M., 1986:313-338).

Hay una relación innegable entre la Revelación y la experiencia. La palabra de la Revelación requiere ser experimentada, interpretada y conservada en la recepción inmediata de lo dado. La experiencia se va dando y realizando a través de todo un conjunto de hechos significativos que la van configurando. Esta recepción se revela **en** la experiencia, que no es tan solo conocimiento o un saber. Es hacer “experiencia de la experiencia”, porque “a causa de la Revelación cae una luz nueva sobre la experiencia del mundo y del quehacer cotidiano” (Meis, A., 1990:6). Así, nuestra experiencia está unida a la revelación de un modo verdadero y misterioso. A pesar que nuestras experiencias cotidianas no provienen de la revelación, ciertamente se verifican en ella. La revelación le asigna un sentido, un “plus” de significado que no dispensa a la razón natural de penetrar en ella. Es la experiencia de muchos en el Nuevo Testamento: el testigo atestigua la verdad a partir de la experiencia, pero no puede asegurar su última certeza. Esta es la verdad y la paradoja de la revelación y experiencia.

Se ha dicho, en innumerables ocasiones, que el problema fundamental de la *Dei Verbum* es la relación entre razón y fe. Sin embargo, quisiera mostrar que el problema también importante –y pienso que no ha sido

estudiado a fondo— es la relación entre experiencia y fe. Esta es una innovación importante en el Vaticano II, que deseo enfrentar aquí.

I Contexto Histórico

Para entender un texto es necesario saber el contexto en que fue elaborado, para descubrir así, en lo más profundo, los alcances que tiene y los elementos variables y constantes que propone.

No es un secreto que el primer capítulo de la *Dei Verbum* es de redacción tardía respecto del resto del esquema. No figuraba, en efecto en la primera redacción, pero la controversia sobre la Revelación⁶ se desarrollaba tan abiertamente, que se ve la necesidad de introducir una página destinada a la descripción de su mecanismo interno. Lo que estaba destinado a ser una introducción, crece de tal modo que se convierte en un denso capítulo, que en modo magistral resume la problemática relativa al argumento (Javierre, A.,1967:176). Al presentar a la asamblea conciliar el texto que fue la base de la redacción definitiva, el 30 de septiembre de 1964, el Cardenal Florit pudo decir que la historia de la redacción del documento era el puro reflejo de la misma historia del Concilio (Comblin, J.;1975:104) y, según los expertos, la lectura del texto revela un ritmo perfectamente concorde con la orientación definitiva del Concilio (Latourelle, R.;1966:37).

Esta ubicación del contexto⁷ inmediato de la *Dei Verbum*, nos permite entender el contexto histórico en que se desarrolló.

La “genuina doctrina acerca de la revelación” (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, 1) se considera generalmente como el fruto inmediato de los movimientos renovadores intraeclesiales de los siglos XIX y XX, referidos a la comprensión de la tradición, el uso del método histórico-crítico y la lectura de la Biblia. Pero parece ser, de verdad, un producto tardío de la crítica que hace la Ilustración al concepto de Revelación vigente en aquel entonces. Esta crítica permitió descubrir una aporía en la reflexión teórica sobre la Revelación, a la cual el Concilio responde con una comprensión profundizada del concepto. Parece así, que la crítica de la Ilustración ayudó a tener una mayor claridad y profundidad en

6 La transmisión de la Revelación ocupaba, en el esquema de 1962, sólo un modesto lugar. Cf., Nissiotis, A., Report on the Second Vatican Council, *The Ecumenical Review* 18 (1966), p. 193.

7 Ubicación, por cierto, limitada, ya que nuestro interés no es precisamente el de hacer una descripción histórica del documento.

la reflexión sobre la Revelación en la *Dei Verbum*, sin que se pueda negar que la dificultad que presentó el concepto “experiencia” en la Ilustración fue o impidió a ésta llegar a la comprensión profunda de la Revelación.

La Ilustración criticó a la Revelación en dos sentidos: como crítica **ideológica y fundamental**. En la primera, se dirige en contra del uso determinado de afirmaciones sobre la Revelación en relación con la cosmovisión vigente y los poderes políticos, y, en la segunda, se ataca el fundamento histórico y objetivo de la Revelación, “comprendida ésta como un proceso de ‘instrucción’ en verdades que sobrepasan la razón; ésta tiene que probar tan solo desde fuera si las afirmaciones vienen de Dios o no, lo cual depende de signos externos” (Meis, A., 1990:7). El Romanticismo, por su parte, concibe la experiencia diciendo que ella llega a sí misma a través de la historia. Hay evidentemente una “mediación histórica”⁸.

Ante toda esta situación –compleja por cierto– la teología tiene una respuesta. La postura radical del racionalismo, la postura mediadora entre razón y Revelación de la escuela de Tubinga, como aquel complejo fenómeno de modernismo que se puede resumir en aquello de que el valor de la religión no se encuentra en la verdad objetiva, sino en la calidad subjetiva de las experiencias que transmite la religión. La Revelación termina siendo el concepto fundamental, asequible sobre todo a partir de la “experiencia”. Es así que las grandes intuiciones y la profundización especulativa de la Revelación en la *Dei Verbum* son mérito no tan sólo del mismo Concilio, sino que también, de toda una historia que se viene haciendo y realizando, y –por cierto– es obra, también, del Espíritu Santo, ya que “la historia de la revelación va hacia adelante y continuará su marcha hacia adelante hasta el final de los tiempos” (O’Collins, G.; 1989:103).

II. *Dei Verbum* n° 2-6

La estructura interna del primer capítulo nos permite observar tres grandes líneas: teológica, cristológica y antropológica. La Revelación se debe exclusivamente a la iniciativa divina (n° 2) que se cristaliza en el misterio del Verbo Encarnado, que anticipa su acción manifestativa en la historia por medio de los profetas (n° 3) y que después Jesús

8 Lehmann, K., Experiencia, SM III, 72-78, citado por: Meis, A., op. cit., p. 8.

lleva a cumplimiento en el periodo de su vida terrena (nº 4), a la cual sigue lógicamente la respuesta de fe por parte de los hombres a la palabra de Dios. En la *Dei Verbum*, esta es estudiada primeramente, en su dimensión esencial (nº 5), para luego tratarla en la actitud que la mente humana asume de frente a la verdad manifestada por Dios (nº 6).

Sin embargo es interesante observar que, comparando los números 5 y 6 de la *Dei Verbum* con el texto correspondiente de la *Dei Filius*, encontramos que la *Dei Verbum* trata primero el conocimiento racional de Dios (Lafont, Ch.: 1988:58-73). ¿Por qué este cambio? Porque los contextos históricos son diversos. Mientras la *Dei Filius* tiene que “luchar” contra el racionalismo, la *Dei Verbum* presenta en forma inmediata el misterio de la Revelación. En el tratamiento dado respecto del acto de fe y el conocimiento de Dios, ambas tienen diferencias notables.

Para el acto de fe la *Dei Filius* insiste en los fundamentos ontológicos y lógicos, de tal manera que este acto aparece no sólo razonable sino que también moralmente imperativo. Dicho en otras palabras: es deber del hombre creer en la Revelación. Por su parte la *Dei Verbum* describe la Palabra de Dios en su acto de “hablar” como orientado hacia la comunicación (Alonso Schökel, L.; 1969:139-165). Esta Palabra requiere una respuesta como don de sí mismo de parte del hombre. “La Revelación es palabra. Y la palabra es un gesto interpersonal [...] La palabra divina no puede permanecer sin correspondencia. Y la respuesta adecuada del hombre se llama fe” (Javierre, A., 1967: 199). Esta es la forma de presentar la Revelación por parte del Vaticano II, en forma más personal y englobante. También es interesante constatar que las citas tomadas de la *Dei Filius* son completadas en la *Dei Verbum* en “relación con el Espíritu Santo, a partir del canon 7 de *Orange*, que precisamente ahonda la dimensión experiencial” (Meis, A.; 1990: 9). A pesar que la *Dei Verbum* no hace mención de las reflexiones de la *Dei Filius* acerca de la sumisión de la razón creada al Dios creador, la autoridad del Dios revelador, etc., no deja de lado el aspecto intelectual de la respuesta de fe, en cuanto un compromiso libre y profundamente espiritual porque es posibilitada por el Espíritu Santo (Martelet, G.; 1966: 556-557).

Por otra parte, en relación con el conocimiento de Dios, la *Dei Verbum* nº 2 presenta los dos modos del conocimiento de Dios a través de la Creación y de la Revelación. En el nº 3 resaltan tres puntos o aspectos

originales de este conocimiento: **1)** por el acto creador –y conservado todo por el Verbo– Dios posibilita al hombre de conocerlo; **2)** la historia de salvación, en que la creación es la primera etapa; **3)** Dios es el que dirige toda la historia. Pero ¿qué quiere decir todo esto? Es verdad que el hombre no puede tener un conocimiento directo –al nivel de la revelación– de Dios, pero el texto nos asegura que la diferencia en el conocimiento de Dios no viene del Dios revelante, sino del medio de la Revelación. Es el proceso de acogida y respuesta en la fe que describe el n° 5 de la *Dei Verbum*, que sólo se puede entender a partir de la «experiencia de la experiencia».

El paso siguiente que da la *Dei Verbum* en el n° 6 es muy interesante. Comparándolo con la *Dei Filius*, en su texto paralelo, hay una inversión en el sentido de que la frase sobre la Revelación correspondiente a la *Dei Filius* se antepone al enunciado sobre las verdades teológicamente cognoscibles por la razón. Así en este número se ve una clara distinción entre considerar la Revelación como un cuerpo de verdades reveladas y acogidas por la fe de aquellas que pueden ser conocidas por la razón⁹. Es importante, necesario y también legítimo, entonces, dentro de la Revelación, distinguir lo que pertenece a la fe y lo que puede descubrir la razón (Latourelle, R.;1983:333-334). La *Dei Verbum* subraya la trascendencia histórica y objetiva del orden de la fe respecto al de la razón, lo que posibilita tener una espiritual inteligencia, es decir, una nueva manera de pensar.

III. ¿Qué nos dice el texto? Su valor teológico

El esquema IV¹⁰, definitivo, de la *De ipsa revelatione* se estructura a partir de un cuadro bien definido, a saber, la plenitud trinitaria; se concentra en Jesucristo que es culmen y plenitud de la revelación (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, 2, 4 y 17), luego pasa a desarrollar el papel específico de la fe y la razón, para enseguida presentar al hombre creyente como receptor de lo revelado. Así resulta y resalta todo un andamiaje que se

9 Lo que estamos planteando no está en contradicción con el hecho de que Dios se sigue revelando hoy, porque “negar la revelación presente de Dios, sería también recortar el valor de su correlativo humano: la fe”, Cf. O'Collins, G., op. cit., p. 99.

10 Esquema redactado y aprobado por las mismas Comisiones que el anterior, corregido a base de las observaciones de los padres en la tercera sesión, y materia de la votación de la cuarta sesión. Cf. SACROSANCTUM OECUMENICUM CONCILIUM VATICANUM II, *Schema Constitutionis dogmaticae De divina revelatione* (Typis Polyglottis Vativanis, 1964) p. 47.

concentra en el misterio del “Verbo de Dios”. Esto significa la superación de la teología polémica¹¹ e introduce una mentalidad nueva en la teología, que es que “toma la historia como expresión y manifestación de una verdad y vuelve al lenguaje bíblico en un esfuerzo por revitalizar la teología” (Alonso Schökel, L.; 1969:132).

En el nº 2 de la *Dei Verbum* se describe la Revelación como un encuentro y comunicación interpersonal con un lenguaje narrativo, profundamente bíblico. Mucho más que en la *Dei Filius*, Dios aparece como sujeto y contenido de la revelación, ya que el fin de esta no son unos principios racionales-intelectuales, sino el conocimiento, el acceso al misterio originario de Dios mismo que se da, que se regala al hombre y lo hace participar en su propia vida por la Encarnación del Verbo en la fuerza del Espíritu Santo.

Se usan diversas expresiones, en la constitución, para describir este “encuentro” —*accessum habere, consortis fieri, alloqui, conversari, invitare, suscipere*—, lo que hace resaltar una multifacética gama de interrelaciones personales que expresan, a través de “palabras” y “gestos”¹², experiencias profundas y radicales. Es importante subrayar que la Revelación es un acontecimiento de la historia de la humanidad. En la frase final del nº 2, la Revelación se interrelaciona con la “verdad” no en el sentido teórico, sino en su realización práctica, experiencial.

En el nº 3 se nos dice que la historia es el lugar de la revelación, ya que esta no es algo atemporal y mítico. Nuestra fe se basa en hechos de historia más bien que en ideas o teorías, porque los hechos son reveladores y la palabra explica aquel hecho. Ante todo esto la pregunta por la salvación subyace, y se presenta a través del “encuentro” del hombre con Dios.

La *Dei Verbum* en el nº 4 nos presenta un cambio significativo de sujeto: Dios envía al Verbo, que se convierte en el revelador del Padre y la Revelación en persona. Aquí una paradoja: a pesar del movimiento descendente, joánico, el acceso al Padre, a Dios por medio de Jesucristo es profundamente antropológico, ya que pasa a través de palabras, hechos, signos, acciones, etc.

11 Véase, p. ej., el comentario a la constitución, de Roger Schutz y Max Thurian, *La parole vivante au concile* (Taizé 1966).

12 Cf. *La rivelazione cristiana nella costituzione conciliare “Dei Verbum”*, La Civiltà Cattolica (ed.), quaderno 3251 (1985), p. 424.

El n° 5 explica el acto de fe en correspondencia con la comprensión de la Revelación como entrega libre y total de la respuesta del hombre a Dios, quien se comunica y entrega. Aquí hay que resaltar algo importante, que es la anticipación de la gracia de Dios en este acto propio del hombre que “se adelanta y nos ayuda”. Es la presencia viva del Espíritu Santo en nosotros, que nos da y deja un espacio peculiar y particular para nuestra libertad. Es Él quien nos mueve, nos inspira, nos alienta a buscar la verdad. Al final, el *intellectus fidei* no es otra cosa que la *intelligentia revelationis* que a través y por medio del Espíritu Santo se profundiza cada vez más.

Toda la descripción del acto de fe se encuentra comprendida como una *ob-iectio*, un escuchar la Palabra de Dios, que como tal requiere la mediación de la Iglesia (Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 7 y 33).

Por último, en el n° 6 se precisa que “la historia no es elemento exclusivo de la revelación” (Alonso Schökel, L.; 1969:132) y, por otra parte, que la “fe formulada incita a la búsqueda de mayor comprensión: es el dinamismo de la fe que engendra la teología” (Alonso Schökel, L.; 1969:132). ¿Qué quiere decir todo esto? Este número explicita la interrelación entre la *fides qua* y la *fides quae*, no con las fórmulas del Vaticano I, sino que subrayando que el carácter real de la Revelación trasciende el contenido meramente doctrinal. Porque hablar de Revelación conlleva, también, una responsabilidad del pensar humano.

IV. Concepto Fundamental

El concepto de Revelación se constituye en la *Dei Verbum* en fundamental, en el sentido de que la autodonación de Dios, en cuanto mediada históricamente, funda la teología. También le da importancia al contenido y transmisión, ya que sólo en la Palabra puede experimentarse la comunión con Dios. Es precisamente esta experiencia la que une la tradición y la situación concreta, el individuo y la colectividad (Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 13).

El número 8 describe la progresiva profundización de la Revelación a través de la Tradición en todo lo referente a la vida santa y a la fe del pueblo de Dios. La Tradición, en cuanto es “comprensión de las palabras e instituciones transmitidas”, va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo, gracias a tres factores fundamentales: **a)** la contemplación y el estudio; **b)** el entendimiento de los misterios espi-

rituales vividos; c) los obispos en su función de proclamar la verdad. Es evidente el carácter englobante. Sin embargo interesa destacar la “intelección íntima” –cuya fórmula se quiso evitar en un primer momento– por temor al modernismo, pero luego se usó una expresión distinta para expresar el carácter cognoscitivo de la “experiencia”, que a la vez logra conectar íntimamente y sobrepasar los límites de la razón con la ayuda operante del Espíritu Santo.

Nos queda por analizar el nº 14, que afirma cómo Israel capta la Revelación como un “experimentar los caminos de Dios, que [...] el pueblo tendrá que ir conociendo progresivamente a través de la experiencia iluminada por la palabra” (Alonso Schökel, L.; 1969:504).

En general, la *Dei Verbum* nos entrega una visión fundante de la Revelación a partir de la historia de salvación. Las dos van íntimamente conexas, porque “la autocomunicación de Dios [...] continúa hoy como revelación y salvación” (O’Collins, G.; 1982:127). La Revelación es una acción personal entre Dios y el hombre. Una imagen que nos puede ayudar a entender esto es la amistad. A ésta tiende la palabra de Dios. Una amistad verdadera que exige una comunicación plena, porque el impulso del amor sólo se realiza en una osmosis auténtica de persona a persona. Es el encuentro, en gracia y verdad, del hombre con su Creador (Kasper, W.; 1984:165-182).

V. A Modo de Conclusión

La novedad de la *Dei Verbum*, a mi parecer, hay que buscarla sobre todo, en la forma de presentar la doctrina tradicional y en las insistencias que hace sobre aquello que le parece importante subrayar. Tiene una exquisita sensibilidad a los valores de las personas –tan en boga en aquella época– y propone, de un modo admirable, la revelación de Dios mismo.

Es a través de la revelación-experiencia que el hombre recibe, por gratuidad, la salvación divina en la forma específica de la existencia humana-histórica. Es aquí donde el hombre se encuentra con Dios y “hace” experiencia de salvación por medio de Jesús que se le revela. Porque en “cada acto de conocimiento, voluntad y acción experimentamos la realidad de Dios y de nosotros mismos” (O’Collins, G.;1982:68).

La revelación es personal –Dios se revela a sí mismo– y es histórica –en cuanto al tema y al medio–, pero la historia no agota la revelación, ni como tema ni como medio. Por eso la experiencia la complementa. La

revelación —en este sentido— se hace comprobable solamente cuando el hombre es interpelado a través de la Escritura, sacramentos, un gesto de bondad e incluso el pecado, en cuanto hace descubrir la no presencia de Dios.

Jesucristo es la revelación definitiva del Padre. El hombre está invitado a acogerlo con fe y gratuidad y a realizar una experiencia personal de esta revelación. Es lo que dice el Concilio: “lo que la revelación divina nos dice coincide con la experiencia” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 13). Es lo que hemos querido mostrar en este trabajo.

Referencia bibliográfica

- Alonso Schökel, L. (1969). Carácter Histórico de la Revelación, en Concilio Vaticano II, Comentarios a la *Dei Verbum*, BAC Madrid.
- Comblin, J. (1975). “*Dei Verbum*”, después de diez años, *Teología y Vida* XVI.
- Javierre, A. (1967). La Divina Rivelazione, en *La Costituzione Dogmatica sulla Divina Rivelazione*, 3, Collana Magistero Conciliare. (4ª ed.).
- Kasper, W. (1984). *Il Dio di Gesù Cristo*, Biblioteca di Teologia Contemporanea vol. 45, Queriniana-Brescia.
- Lafont, Ch. (1988). La Constitution ‘*Dei Verbum*’ et ses précédents conciliaires, *NTR* 110.
- Latourelle, R. (1966). La Révelation et sa transmission selon la Constitution «*Dei Verbum*», en *Gregorianum* 47.
- Latourelle, R. (1983). *Teologia della Rivelazione. Mistero dell’epifania di Dio*, Cittadella Editrice, (6ª ed.).
- Martelet, G. (1966). La Iglesia y lo temporal: hacia una nueva concepción, en G. Baruna, *La Iglesia del Vaticano II*, Barcelona.
- Meis, A. (1990). El Concepto de “Revelación” en la Constitución Dogmática *Dei Verbum*, en *Teología y Vida*, Vol. XXXI.
- O’Collins, G. (1982). *Teologia Fondamentale*, Queriniana-Brescia (1982) Biblioteca di Teologia Contemporanea vol. 41.
- O’Collins, G. (1989). Revelación: pasado y presente, en LATOURELLE, R. (ed.) *Vaticano II, balance y perspectiva. Veinticinco años después (1962-1987)*, Madrid.
- Rovira Belloso, J. M. (1986). L’experiencia de Déu en el món de la secularita. *Teologia i Espiritualitat*, Revista Catalana de Teologia 11.